

XII

Pasaron algunos días y la señora de Breteuil, á pesar de toda su bondad, no podía menos de convenir en que desde la marcha de Eulalia y de Lignón le parecía su casa más tranquila, más fortificante la brisa del mar y el firmamento más límpido y espacioso. Se preparaba á disfrutar agradablemente de las tres semanas que debía prolongarse su estancia en Dieppe; se había convenido que Norina permaneciese con ella hasta el regreso.

La vida ordinaria se había reanudado en las dos familias vecinas; Norina se mezclaba á menudo en las conversaciones de Rosina y Reyer, lo cual no parecía contrariar á los jóvenes.

Hablaban como de costumbre, sin preocuparse de si su compañera los podía oír. Insensiblemente la conversación tocaba el punto del matrimonio.

Cada uno exponía sus ideas; Edmundo y Rosina se peleaban algunas veces; pero de esa manera discreta, que permite al auditorio preguntarse si los combatientes piensan verdaderamente lo que dicen.

Norina escuchaba en silencio, y en su fuero interno encontraba las ideas enteramente ridículas.

Un día que no vino Edmundo, la señora de Anglois se trasladó un rato á casa de su amiga y las dos jóvenes se encontraron solas, cosa que no les había sucedido hacía mucho tiempo.

—¿No se os hace raro estar prometida tan pronto?—preguntó sonriendo Rosina.

Norina movió la cabeza en señal de duda.

—Sois tan joven, que debe de pareceros un sueño.

Norina no era de este parecer, amaba las realidades y no le preocupaban los sueños.

—¿Habéis hecho algunos proyectos para el porvenir?—continuó Rosina.

Todo esto le era bastante indiferente; pero una vez iniciada la conversación, ¿cómo dejarla languidecer sin impertinencia? Hay gentes á quienes esto preocupa muy poco; pero Rosina tenía la debilidad de atender siempre á las buenas formas.

—¿Proyectos?—repitió Norina levantando los ojos, —sí, ciertamente. Tendremos una bonita habitación azul, y un rico salón de terciopelo violeta.

—¿Es rico el Sr. Lignón?—preguntó inocentemente Rosina.

Norina frunció los labios; desde su promoción á nuevas dignidades, había perdido totalmente esa dulzura conmovedora que antes constituía su mayor encanto.

—No lo sé; pero de todos modos gozaremos de una posición desahogada.

—No lo dudo—repuso Rosina con acento de buen humor, para atenuar la ligera indiscreción de su pregunta.—Yo aludía á vuestra vida doméstica, que es lo principal: lo demás viene con el tiempo.

—¡Oh! en cuanto á eso, nada más sencillo: Lignón irá á sus ocupaciones todos los días; yo tendré una criada para satisfacer las cosas más materiales, y así no tendré que cuidarme más que de vigilarla. La haré trabajar, pues si se paga es para ahorrarnos fatigas.

—Y vos ¿qué haréis?

—¿Yo? Leeré, saldré á pasearme, cumpliré con mis visitas... ¡he trabajado desde que nací! ahora me toca descansar.

—Creéis que eso agrada al señor Lignón—re-

puso Rosina, algo sorprendida por una confesión tan clara;—á los maridos, en general, no les gusta que sus mujeres salgan solas siendo jóvenes; la libertad se consigue más tarde; pero al principio...

—Al principio es lo mismo—dijo secamente Norina.—Tengo entendido que de recién casados, los maridos satisfacen todos los caprichos de sus esposas; acostumbraré á Lignón á obedecerme, y cuando esté acostumbrado todo irá admirablemente. No pienso someterme á su voluntad; sino que él se sujete á la mía.

—Mucha suerte tendréis, señorita,—interrumpió con su voz profunda la señora de Anglois, que contemplaba á Norina con la misma curiosidad con que se observa á un bicho raro y dañino—si vuestro marido se amolda á esas ideas.

Norina se estremeció y volviéndose como una serpiente á la cual se ha pisado la cola, obsequió á la entrometida con una mirada muy distinta de las que solían lanzar aquellos ojos azules; pero que no pareció amedrantar á la de Anglois.

Acto continuo se retiró la futura señora de Lignón.

—Dime, Rosina—dijo á ésta su tía, cuando desapareció Norina—¿eres recelosa por naturaleza ó confiasda por conveniencia?

—Confiasda, tía—repuso la joven.

—¿Eres aficionada á las pruebas?

—No tengo gran afición; pero cuando son provechosas, sé soportarlas.

—Muy bien, creo que no estará de más ensayar...

—Haced lo que creáis necesario, tía—replicó Rosina.

Sus morenas mejillas se colorearon, y dirigió á la señora de Anglois una mirada que envolvía una súplica.

—Hay pruebas,—dijo la tía—que son buenas para todos, á excepción de los malvados y astutos; si no tienes confianza, hija mía, vale más que no te expongas; pero en este caso nunca estarás segura de lo futuro.

—Obrad como juzguéis conveniente. Ante todo, sabed que siempre he confiado mucho en vos—respondió Rosina, cuya mano temblaba un poco; pero la tranquilidad había reaparecido en su rostro. Dirigió á su interlocutora una mirada que encerraba mayor pureza de la que pudiera existir en la más tierna de Norina.

Llegada la tarde, se encaminaron todos á la playa. La señora de Anglois, con maliciosa premeditación, condujo á los paseantes hacia aquellas rocas en que Muriet experimentó la satisfacción de descalzar á la ingenua. La tarde que nos ocupa no se hallaba presente el arquitecto; tal vez alguna obligación profesional le retendría en el Casino.

Rosina marchaba junto á su tía y entabló con el señor Breteuil, que la tenía en gran estima, una larga discusión musical.

Edmundo Reyer se unió al grupo, tratando de colocarse, como de costumbre, al lado de de sus amigas. La señora de Anglois le habló varias palabras, en voz baja, pero sin ceder su puesto; Breteuil iba al lado de ésta; su esposa, rodeada de amigos, seguía á alguna distancia; Edmundo se sintió como atraído hacia Norina, que caminaba sola detrás de todos.

—¿Sola hoy, señorita?—dijo—he aquí el inconveniente de estar prometida, nadie se atreve á interrumpir vuestras reflexiones.

Norina dirigió á Edmundo una mirada que podría traducirse:

—¿Por qué os burláis de mí?

—Ya tiene en qué pensar el que va á casarse. ¡Este querido Lignon! Es el mejor muchacho que conozco, y digno de tanta felicidad!—añadió con sonrisa.

—¿Qué felicidad?—preguntó Norina.

La voz era tranquila, pero un poco más grave que de costumbre.

—Pues la de casarse con vos... la de haber conquistado vuestra simpatía. Os ama con ternura, señorita,—añadió Reyer, cuya fisonomía adquiría un matiz serio. Sentía que Norina experimentaba una antipatía secreta hacia sus palabras, y esto le incomodaba un poco...—Es un hombre honrado y os quiere; esa es una dicha que no todas las mujeres pueden alcanzar.

—Yo no le amo—dijo Norina, con tal serenidad que Edmundo creyó haberlo oído mal.—No le amo. Me caso con él, porque necesito casarme; de lo contrario se me haría insufrible la vida en mi casa; pero á ser yo libre, no me casaría con él.

—¡Entonces no debéis hacerlo!—dijo Reyer algo encolerizado.

Tenía ganas de dejar con la palabra en la boca, á aquella chiquilla imprudente que le concedía, á él, casi un extraño, confianzas tan graves como poco meditadas.

—Si fuese libre, repito, no me casaría; pero... sufrí resignadamente mi destino.

Una rara curiosidad se apoderó del joven; indicó con su bastón á Muriel que aparecía á alguna distancia.

—Allí viene Muriel—dijo,—voy á salir á su encuentro.

Norina comprendió perfectamente.

—No; os lo ruego, dejadlo donde está—repuso ella,—no siempre tenemos ocasión de hablar juntos.

Rosina se volvió y miró á los dos jóvenes que se habían quedado un poco rezagados. Edmundo aceleró el paso para acercarse á ella; pero Norina se retrasaba con tanta persistencia que Reyer, so pena de ser tachado de impolítico, tuvo que caminar despacio.

—Es muy duro, caballero, os lo aseguro,—prosiguió Norina—tener que sacrificarse tan joven, y casarse, por decirlo así, contra su voluntad; esa es la desgracia de la pobreza... Las ricas son muy felices, escogen; nosotras aceptamos...

—Una vez que se ha adquirido un deber, no queda más remedio,—dijo Edmundo con cierta autoridad—que cumplirlo á conciencia y no permitir que la imaginación se aparte de él un momento.

Norina lanzó al joven una mirada, como Lignon no había recibido nunca y respondió entre suspiros y bajando los ojos:

—Sería bueno poderlo conseguir; pero una no es siempre dueña de su voluntad.

Edmundo se quedó petrificado y se detuvo. Aunque hubiese notado el manejo de coquetería de Norina, estaba muy lejos de esperar un asalto tan en regla.

En la franqueza brutal con que confesaba la indiferencia hacia su futuro, pudo adivinar á una ambiciosa en presencia de una boda que no corresponde á sus deseos; esto pasaba de raya.

—Es menester dominar á la voluntad—repuso Reyer apretando el paso;—el que dice: «Esto puede más que yo» será, algún día, capaz de todos los crímenes.

Norina soltó una argentina carcajada que resonó en el crepúsculo.

—¡Crímenes!—dijo.

—Sí, crímenes—respondió Edmundo, aumentando su velocidad.

Y ambos se reunieron al resto de la comitiva.

Como por influencia de una presión mágica quedó entre Rosina y su tía un pequeño hueco, que se apresuró Edmundo á aprovechar, encontrándose envuelto, por decirlo así, entre sus dos amigas. Permaneció silencioso, disfrutando de un sosiego que parecía haber buscado mucho tiempo y experimentaba una sensación extraordinaria de templanza y bienestar.

La noche se extendía y la pequeña caravana regresó por el mismo camino.

Norina vagaba, disgustada, al lado de la señora de Breteuil. Se había llevado un chasco grande, muy grande... ¿Y por qué? No podía ella decirlo; si se hubiera interrogado debidamente á sí misma, hubiese hallado esta respuesta: que tenía tantos deseos de casarse con Edmundo Reyer, que no había ponido resistir á la necesidad de participárselos. Mujer, hubiese empleado otros medios; niña aún, creyó que demostrándole la preferencia de que él era objeto, se vería recompensada y complacida. Era un cálculo falso, absurdo, ridículo; cálculo que siempre se emplea, al principio, pero que se abandona con la experiencia.

—¡Bah!—se dijo Norina, conjeturando sobre los posibles resultados de su atrevimiento.—En resúmenes cuentas, no le he dicho nada; él no hablará de ello, y si hablase yo le desmentiría; por otra parte, nadie le creería. ¿No sabe todo el mundo que soy incapaz de semejante cosa?

Sin embargo, le inquietaba la rapidez con que desapareció Reyer para reunirse á sus amigas.

Se preguntaba si en todo esto no existía una trama ignorada por ella... pero ¿con qué fin?

Por fortuna, Muriel se le acercaba; varios caballeros acompañaban de braceró á las señoras para

guiarlas bajo el encapotado cielo, que amenazaba con densos nubarrones, aumentando la obscuridad de la noche.

Pronto se halló Muriel al lado de Norina, cuyo aislamiento afligió al compasivo corazón del joven, el cual, siguiendo el ejemplo de los otros, enlazó con el suyo el brazo de su pareja, estrechándolo dulcemente contra su pecho.

Era la primera vez que podía gozar de esta libertad después del anuncio de la boda; y, por consiguiente, la presión ejercida por su brazo, era fuerte y duradera.

Norina no decía nada ni siquiera oponía resistencia. La amabilidad de Muriel, compensaba la derrota que la pobre acababa de sufrir.

¡No hubiera tenido que instar mucho á este amigo para desatarle la lengua y las manos! por eso no habló gran cosa; uno de sus principios de ingenua, era que cuando dos personas caminan juntas no hace falta animarlas; y Muriel, por su parte, no necesitaba ayuda.

—¿Os vais á casar?—preguntó á media voz.

—Sí—respondió Norina.

—¿No os causa pena?

—¿Por qué?

—Bien sabéis que ese matrimonio originará algunos disgustos. Pero es menester resignarse; ¿verdad?

¡El pobre muchacho se resignaba! y al mismo tiempo cogía la mano de Norina, escondida entre los pliegues de la manteleta. La mano se desasó suavemente... hay que saber conducirse. Entonces apretó el brazo más estrechamente y éste no resistió.

—Tendréis una linda casita—repuso,—supongo que invitaréis á menudo á vuestros amigos; ¿habrá música?

—¿Música? Le tengo horror—respondió Norina en un sincero arrebató de franqueza.

—No se debe decir eso—objetó Muriet;—ciertas personas serían bastante estúpidas para deducir que es una falta de gusto! Pero no se tiene obligación de tocarla ¿verdad? Lignón os ama como un ojo; decidme, señorita, ¿olvidaréis que soy yo quien lo ha llevado á vuestra casa?

Norina permanecía muda como una estatua.

Los dos se habían quedado detrás; la lluvia que empezaba á caer alejó á los paseantes; en el momento de la dispersión el grupo hizo un repentino movimiento.

Muriet besó vivamente á Norina en las mejillas, cerca de los labios.

—Buenas noches, señorita—le dijo en seguida.

Pero la señora de Breteuil, que se había vuelto en aquel mismo instante diciendo: «¿Donde está Norina?» fué testigo de aquellos besos. Al primero, creyó haberse equivocado, tanto más cuanto que no se veía claro; al segundo recibió un golpe mortal en su honrado corazón.

—Norina!—dijo con voz ahogada.

—Aquí estoy, amiga mía—respondió la joven colocándose prontamente á su lado.

Se despedían; en la confusión de este momento, favorecida por los paraguas, nadie se enteró de que la señora de Breteuil, había vuelto la espalda á Muriet sin contestar á su saludo.

Este se encogió de hombros, metió sus manos en los bolsillos, y se fué.

Cruzó un coche; se detuvo; subieron á él las dos familias; Reyer se instaló en el pescante, y nadie dijo una palabra hasta que llegaron á la casa. Al bajar, la

señora de Breteuil preguntó á la de Anglois, si quería tomar una taza de te.

—¡No, gracias!—contestó ésta con tono más vivo que de costumbre. Pronto nos veremos; pero por ahora, no tengo ganas de te. ¡Ea! muchachos no os mojéis, entremos.

Empujó delante de ella á Edmundo y á Rosina, que obedecieron sin resistencia, y llamó tan vigorosamente á su puerta que estuvo á punto de destrozar la campanilla.

Cuando los tres amigos se encontraron solos en su salón, desembarazados de sus abrigos y sombreros, se miraron un instante con singular expresión; no podía precisarse si querían reír ó llorar.

En la impasible cara de la señora de Anglois se pintaba una como mezcla de cólera y jocosidad.

Los jóvenes la contemplaron, luego se cruzaron sus miradas, y, sin darse cuenta, se encontraron en brazos uno de otro. La cabeza de Rosina se apoyaba contra un hombro de Edmundo; éste deslizó un tierno beso por los cabellos que acariciaban sus labios; después instaló á la joven en un sillón, estrechó fuertemente la mano de la de Anglois y tomó asiento junto á ella, sin proferir una palabra.

—¡Caramba con la chiquilla!—exclamó la señora, aludiendo á Norina.

Rosina sonrió y miró á Reyer con una inexplicable ternura; éste se apoderó de una mano y la besó con gran respeto.

—¡Es un pequeño monstruo! ¿Os ha declarado, su pasión? ¡Por fin sabremos á qué atenernos!

—Dispensadme,—dijo con dulzura Reyer—bien comprenderéis que no puedo hablar de esa joven, á quien llamáis pequeño monstruo, ni en bien... 8

—¡Caramba!—gruñó la señora de Anglois.

—Ni en mal—concluyó Reyer sin vacilar.

—Creéis que necesito vuestras advertencias?—dijo la de Anglois con indecible desdén—¿Os figuráis que no sé, palabra por palabra, lo que ha pasado? Voy á repetiros todo lo sucedido: Cuando ha empezado á emprenderla con vos, habéis querido uniros á nosotras, porque ella os aburría; pero se opuso, y vuestra delicadeza no os ha permitido dejarla plantada; Norina ha continuado desarrollando sus intenciones, y os ha dicho, directa ó indirectamente, que erais el ideal de sus sueños. Al oírlo os habéis detenido, querido, porque la indignación impedía el movimiento de vuestras piernas; habéis remachado el clavo y corrido hacia nosotros.

Comprendo que esa clase de aventuras no son divertidas para un hombre; pero no por eso os compadezco.

Miró triunfalmente á Reyer; con los ojos brillantes; se contrajeron sus labios, y una maliciosa alegría rebosaba por todo su ser.

Entre risueño y enojado, trató Edmundo de defenderse.

—Nada, nada—replicó la de Anglois; era menester venir á esto; desde que llegó me molestaban las constantes miradas con que os asediaba. Mientras no fué prometida á ese imbécil enamorado, se hallaba casi en su derecho, puesto que no tiene obligación de saber que sois el futuro de Rosina; pero ahora que posee uno para sí, y que lo es oficialmente, lo cual resulta más cómodo que la situación vuestra, ¿qué necesidad tiene de cazar furtivamente en terreno vedado? ¡Ya le enseñaré yo á introducirse en cercado ajeno!

—Tía, reflexionad lo ridículo de la situación en que colocaríais á Edmundo—intercedió Rosina.

La señora de Anglois se disponía á contestar con su habitual precipitación; pero la mirada suplicante de su sobrina le interceptó la palabra.

—Este, también, ha procedido torpemente—dijo atacando al joven, que se sonría—¡ni siquiera la miraba! Yo, en su lugar, la hubiera engolosinado para dejarle luego con la gana y darle, de ese modo, una lección provechosa.

—¡No, vos no hubierais hecho tall!—repuso afablemente Reyer—siendo recta, como sois. En fin, lo principal es que he sufrido una gran prueba y de ella he salido victorioso, ¿verdad, Rosina?

Rosina sonreía; una ligera humedad daba á sus ojos extraordinario brillo.

—¿No habéis dudado, querida Rosina? decid, ¿no temíais nada?

—No,—contestó la interpelada—una ó dos veces al ver como os atacaba con sus miradas, he padecido algo; pero mi indignación se limitaba á ella; en cuanto á vos, no sentía la menor inquietud.

—¡Por fin—concluyó Reyer—dentro de dos meses estaremos casados!

—¡Ya era hora!—gruñó la de Anglois.

Rosina tocó el piano durante una hora.

La lluvia caía á torrentes; el viento dejaba oír su sordo ruido, mezclado con el murmullo de las olas que se estrellaban contra la arena.

Mas todo era indiferente á las tres personas que se encontraban reunidas en aquel saloncillo.

A eso de las once se retiró Reyer, y al salir tuvo que luchar con el fuerte huracán que le destrozó el paraguas y estuvo á punto de despojarle también del

sombrero. Celebró esta peripecia y continuó tan contento su camino. Estaba seguro de poseer el corazón de su amada. Súbitamente acudió á su memoria el aislamiento de Muriel y Norina, ambos del brazo. Y, en medio de la torrencial lluvia, lanzó una carcajada que hizo estremecer á un farol próximo.

XIII

Entretanto, bien diferentes escenas sucedían en casa de los Breteuil.

La señora, apenas hubo penetrado en sus habitaciones, se vistió una severa bata, y con el tono más terminante prohibió la entrada en su cuarto. Norina que presentía una tempestad más temible que la que se desencadenaba en la calle, se desnudaba lentamente en el suyo. Se le ocurrió la luminosa idea de acostarse sin decir nada, fingiendo un sueño profundo, idea que iba á poner en práctica, cuando la señora de Breteuil desbarató tan salvadores planes.

Tras dos golpes secos en la puerta, la anciana, toda de blanco, cual la estatua del Comendador, se internó en el dormitorio de Norina. Esta trenzaba sus hermosos cabellos, y se volvió, como asombrada, hacia su protectora; la visitante cogió una silla.

Viendo que la escena parecía ser larga, la ingenua se aplicó á recoger su pelo en una segunda trenza, que recorrían sus dedos con estudiada calma.

Al verse la anciana en presencia de la culpable y notar la tranquila serenidad de ésta, que había adoptado ya su máscara de inocencia, quedó momentáneamente desarmada. Había visto á Muriel, le había visto, con sus propios ojos, apoderarse del brazo de

Norina, había asistido á aquellos besos recibidos por la ingenua con tanto deleite; se había indignado ante tamaña osadía, y, á pesar de todo, ahora, frente á la candorosa modestia de la joven, vacilaba, dudaba, no sabía cómo salir de la embarazosa situación en que ella misma se había colocado.

Mas esa extraña indecisión no duró largo rato. Pronto reaccionó fuerte y vigorosa.

El actual recatamiento de la joven, se trocó, á los ojos de la señora engañada, en ignominioso descaro. Cuanto más grande era la pureza de aquella frente y mayor el candor de su mirada, tanto más palpable se presentaba la hipocresía.

—¿Has pensado, Norina,—preguntó la señora de Breteuil, esforzándose en dominar su ira—te has figurado que podrías burlarte constantemente de mí, sin que llegase á enterarme?

El rostro angelical se tiñó de púrpura, los ojos inocentes se desbordaron, como copas demasiado llenas, y Norina, con su muy humilde voz, murmuró:

—¡Oh! ¡mi buena amiga! ¿Cómo podéis concebir que me burlo de vos?

La señora de Breteuil recobró de pronto su sangre fría. Cuando la perversidad y mala fe de una persona llega hasta el extremo de negar la evidencia, la cólera que inspira degenera en desprecio, y no se sabe si confundir en sus redes al hipócrita, ó volverle la espalda con mortal y justificada indiferencia.

Pero en la actual circunstancia no se podía echar mano de este último recurso. La señora de Breteuil tenía una responsabilidad moral de la que no podía desprenderse tan fácilmente. Miró el cándido rostro; ¡impecable! Modesta, azarada, con los ojos caídos y la cabeza ligeramente inclinada, parecía Norina dis-